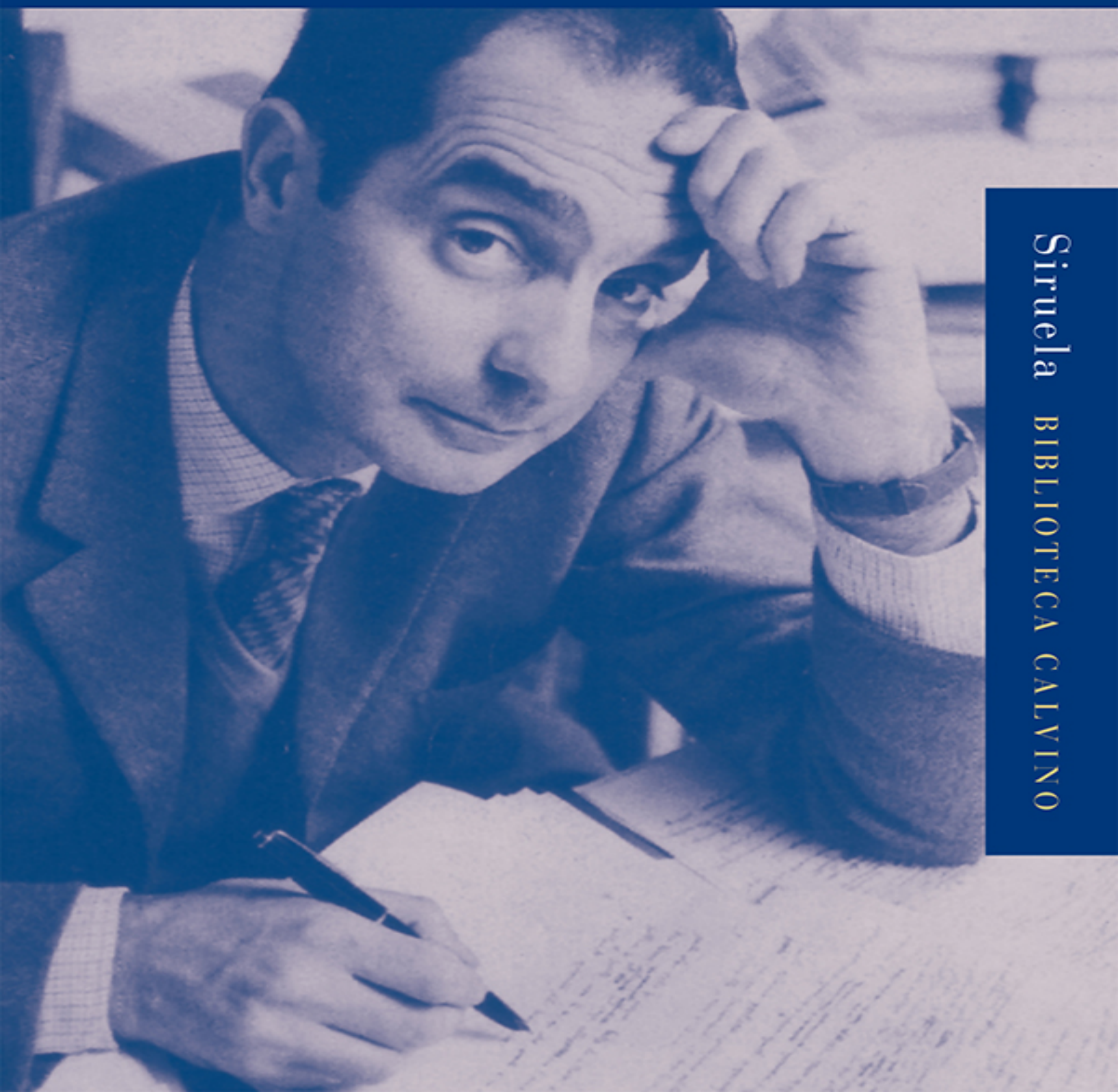


Los libros de los otros

Correspondencia (1947-1981)

ITALO CALVINO




Siruela BIBLIOTECA CALVINO

Los libros de los otros
Correspondencia (1947-1981)

Italo Calvino

Edición de Giovanni Tesio

Traducción del italiano de
Aurora Bernárdez

 Siruela

Biblioteca Calvino

Créditos

Edición en formato digital: septiembre de 2014

Título original: *I libri degli altri. Lettere 1947-1981*

En cubierta: fotografía de Italo Calvino

© 2002 by The Estate of Italo Calvino

All rights reserved

© De la traducción, Aurora Bernárdez, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16208-90-6

Conversión a formato digital:

www.elpoetaediciondigital.com

www.siruela.com

Índice

Nota

Carlo Fruttero

Nota a la edición italiana original

Giovanni Tesio

Los libros de los otros

Índice de cartas

Nota

En buena hora vengo a darme cuenta de que, en la práctica, de Calvino editor, como lo llamaríamos hoy para disgusto suyo, no recuerdo nada: ni un juicio, ni una divergencia, ni una condena inapelable, ni una sola propuesta. Así que yo también leeré este libro para enterarme. Pero entre 1953 y 1961 puedo decir que lo vi todos los días, durante un par de años compartí con él uno de los despachos de la editorial Einaudi en Via Biancamano en Turín, y de aquella convivencia me quedaron algunas impresiones, más afectuosas que importantes.

Teníamos historias diferentes, la mía más digna de omisión que otra cosa; yo no había sido partisano, no estaba inscrito en el Partido Comunista Italiano, nunca había conocido a Pavese, el *Politecnico* me había importado poco, trataba de «usted» a Giulio Einaudi a quien veía como a un «patrón» que estaba lejos de ser instantáneamente simpático pero que era bastante tolerante con los horarios de trabajo.

Sombra rubiogrís en el corredor, saludaba mediante una módica dislocación del hombro, ruborizándose. Calvino, que también lo llamaba «el patrón», era uno de sus íntimos, lo frecuentaba fuera de la oficina, con él viajaba y discutía los destinos de la editorial. De aquellos conciliábulos me contaba muy poco, fuera del preocupado estribillo: «Estamos con el agua al cuello. No tenemos un céntimo».

A los céntimos personales ninguno de nosotros les atribuía mucha importancia. Se daba por descontado que el

nuestro no podía ser un oficio rentable y más aún, parecía milagroso poder ganarse la vida trabajando en algo tan precario como la literatura. Calvino ganaba más que yo y una vez, inesperadamente, me ofreció dinero para ir a Londres a ver no recuerdo qué espectáculo beckettiano que me interesaba. «Guay con no darse esos gustos», proclamó con severo hedonismo.

No lo aproveché, pero aquel gesto de concreta camaradería me pareció más notable que cualquier consonancia o divergencia relativa a György Lukács. Lo interpreté como una invitación a llamar a su puerta en caso de necesidad, y al fin y al cabo no veo un modo más simple de definir la amistad.

Todos sabíamos cómo era Calvino: totalmente negado para la conversación, si con esta palabra se entiende la capacidad de hablar con desenvoltura de la lluvia y el buen tiempo. Del siglo XVIII y de su prosa, que admiraba, no había asimilado ninguna de las elegancias mundanas. Desmañado, tímido por no decir torpe, a veces casi tartamudo (aunque, muy en el fondo, fuese puro teatro) inspiraba en los circunstantes un fuerte sentimiento de protección, de ilimitada indulgencia. Las relaciones con los autores italianos publicados por la editorial le tocaban en gran parte a él, que se ocupaba además de la oficina de prensa, y de vez en cuando recurría a mi consabida frivolidad para que lo ayudara en un almuerzo o una cena. «Ven tú también, a este no tengo nada que decirle.» Y en el restaurante se quedaba en silencio durante dos horas, haciendo su papel con algún vago gorgoteo, un «ya, ya» bien dispuesto pero siempre a destiempo.

Ello le ganó fama de personaje altanero, despectivo, o bien huraño, cerrado. Pero en el hábitat de la editorial su comportamiento era diferente. Hubiera sido un verdadero caso de esquizofrenia a la Jekyll y Hyde si la vivacidad, el talento, el genio cómico tan presentes en el escritor, hubiesen estado totalmente ausentes del hombre. Calvino

era un colega muy ingenioso, muy divertido, pronto a partir de un elemento cualquiera para bordar alrededor fantásticas extrapolaciones, juegos de palabras, paradojas. Tampoco desdeñaba las salidas oficinescas: «Aquí están nuestras laboriosas abejas», decía desde la puerta a las secretarias. Que gañían felices en sus delantales multicolores y aceptaban después sus rudas impacencias y sus violentas broncas sin creerle del todo.

De su labor en la editorial recuerdo bien el tono. Terminaba de leer una serie de pruebas, de escribir una solapa, una carta, y las cejas se le aflojaban. Se soltaban en un suspirante parpadeo: «¡Uf, otra cosa que me he quitado de encima!». Un redactor diligente. Y también un decidido opositor a ciertos libros, a ciertos nombres, en las reuniones de los miércoles. Le salía una voz primero tajante, después cada vez más perentoria y colérica, hasta ahogarse de indignación. Como partidario convencido era en cambio moderado, seco, apenas abierto a la discusión. Escondía la indiferencia por algunas disciplinas y empresas tras un respeto boquiabierto por los expertos que se ocupaban de ellas: «¡Ah, ah, de veras, diablos!», y cándidamente se retraía. Del compañero y compinche de la «célula» de la editorial nunca supe nada, salvo cuando intentó, en verdad blandamente, meterme en el Partido, rindiéndose en seguida ante mis fatuas objeciones (yo no me veía desfilando en el carro alegórico el 1 de mayo).

Calvino se adhería a este papel de trabajador con indefensa seriedad, con pleno entusiasmo, pero encontrando siempre la manera de dejar tras de sí una estela de imperceptibles desmentidos. Bastaba una pausa, un mínimo retraso en volver a la discusión, una excesiva ostentación de celo, una carrera hasta el teléfono, y volvía la duda. En el fondo era teatro, ¿o no?

Yo diría que ese margen de irónica ambigüedad es el que bordea todas sus páginas y que en aquellos tiempos algunos desaprobaban por travieso, irresponsable. Pero a

mí me parece que tanto empeño en el trabajo editorial hubiese tenido menos valor si no se supiera y sintiera que Calvino no estaba «del todo presente» como nunca está «del todo presente» cuando, más o menos cerrado con Joseph Conrad el horizonte plausible de la pasión y la aventura, a Calvino escritor no le queda sino lanzar su apasionada carga inventiva por vectores indirectos, entre espejos, alusiones, simulaciones, rebotes parabólicos. Había visto en seguida (no por nada se es inteligente) que solo detrás de la pantalla semitransparente de la ironía era posible actuar, vivir.

El día que se compró el Giulietta Sprint fuimos todos a la ventana para verlo arrancar. Debajo de los castaños del Corso Umberto I aún había bancos y el coche oblongo estaba aparcado en un cómodo espacio, rozando el bordillo. Italo alzó los ojos a nuestros gritos, nos hizo una sonrisita entre orgulloso, falso ingenuo y resignado, subió contrito, anduvo manoseando el encendido y partió con un estruendo petulante, nunca se supo si deliberado o debido a simple impericia.

Carlo Fruttero

Nota a la edición italiana original^{1*}

Las cartas de Italo Calvino incluidas en este epistolario son 308 [en nuestra edición 270]: una selección considerable y desde luego significativa de las cinco mil que componen el corpus, procedentes de los archivos de la editorial Einaudi, en Turín en su mayor parte, y en Roma en medida bastante más modesta. Estas cartas reflejan un trabajo intenso y una relación que duró treinta y seis años, desde 1947 hasta 1983 (hasta 1981 en el presente volumen).

La relación de Calvino con la editorial Einaudi es al principio irregular y claudica un poco en el 48-49, cuando el escritor, que acaba de publicar *El sendero de los nidos de araña*, asume las tareas de redactor de la página cultural en la edición turinesa del diario comunista *L'Unità*. Pero el vínculo se vuelve orgánico a partir del 10 de enero de 1950, fecha en que se convierte en empleado de la editorial, y varía en escasos momentos cruciales: la asunción de un cargo directivo a partir del 10 de enero de 1955 y las dimisiones del 30 de junio de 1961, sustituidas puntualmente por una relación de trabajo que sigue manteniendo el ritmo de una colaboración bastante estrecha.

Pero, poco a poco y cada vez más, la colaboración se va reduciendo sobre todo en función del trabajo y de las orientaciones que alejan al escritor de su habitual residencia de Turín: primero se traslada a París, en julio de 1967, y después a Roma, donde reside desde octubre de

1980 hasta su muerte en Siena, el 19 de septiembre de 1985. De modo que la última empresa einaudiana a la que vinculó orgánicamente su nombre fue la colección «Centopagine» nacida en el 71 con la novela de I. U. Tarcheti, *Fosca*, y terminada en 1983 con una *Una vita londinese de Henry James*.

Calvino escribía a mano el borrador de sus cartas y hacía infinidad de correcciones, cambios, tachaduras, al menos por lo que se puede deducir de los pocos autógrafos que han quedado en las carpetas y sobre todo a través de la memoria de los testigos. Después confiaba la carta a las secretarías para que la dactilografiaran, y por fin la volvía para que la firmase e hiciese alguna corrección o añadido que juzgara necesario. Está de más decir que siempre que ha sido posible, gracias al material disponible y a la atención de los destinatarios o de sus herederos, se ha utilizado el original, pero que las más de las veces nos hemos visto forzados a recurrir al duplicado conservado en los archivos.

Merece la pena señalar que en los casos en que se halló el original –y por tanto fue posible cotejarlo con la copia de archivo– nunca aparecieron discrepancias notables y solo a veces pequeñas correcciones o mínimos añadidos entre líneas, garantizando así su fiabilidad.

No se ha introducido en las cartas ninguna modificación apreciable y se han respetado los hábitos especiales que han de interpretarse como verdaderas características estilísticas, enteramente conformes al tono de una lengua que se atiene a registros expresamente antirretóricos y coloquiales.

Es finalidad de las notas aclarar, toda vez que ha sido posible, las referencias a la carta o a las cartas de los destinatarios; estas reproducen con bastante frecuencia trozos o fragmentos útiles para una mejor comprensión del texto, y en todos los casos sirven para recrear un contexto de réplicas e intercambio. En cuanto al resto, se trata de

remisiones bibliográficas esenciales y de sobrias indicaciones a hechos y personas.

Si la tarea, que no era fácil, en cierto modo se ha logrado, mucho se debe a los propios destinatarios de las cartas y a la solicitud de los amigos, ante todo Guido Davico Bonino, que siguió el trabajo con puntuales consejos.

Giovanni Tesio

LOS LIBROS DE LOS OTROS

*... la mayor parte del tiempo de mi vida la he dedicado a los libros de los otros. Y
me alegro de ello ...*

(De una entrevista concedida a Marco d'Eramo,
Mondoperaio, n.º 32, junio de 1979)

1947

A FRANCO VENTURI – ROMA

26 de noviembre de 1947

Querido Venturi:

Me remuerde un poco la conciencia no haberte escrito nunca, pero a través de amigos comunes he tenido siempre noticias tuyas.

Aquí se vive en una atmósfera más tensa, pero con cierta euforia: se incendian sedes qualunquistas² y neofascistas, Scelba se apoya abiertamente en los fascistas, hay grandes asambleas de los consejos de administración, la moral de la clase obrera es más alta, las clases medias pasan por un momento de gran incertidumbre, se habla muchísimo de guerra pero en el fondo nadie la cree inminente.

El viejo Einaudi³ trata de rebajar los precios pero no lo consigue: nuestro Einaudi⁴ saca libros a todo trapo, Pavese escribe una novela, Natalia⁵, también, Chichino⁶ corrige extasiado las pruebas del nuevo Gramsci y yo también he venido a integrar la gran familia, cumpliendo tareas publicitarias y de redacción⁷.

Quisiera saber muchas cosas de ti: cómo estás y cómo te encuentras, en primer lugar, y todo lo que quieras escribirme, tus impresiones y previsiones. Concretamente, quisiera pedirte esto: me dijo Ugolini⁸ que en la URSS existen varias corrientes literarias y artísticas y que hay vivas polémicas entre ellas. No supo decirme nada más: me habló vagamente de una escuela poética simbolista.

¿Podrías mandarme material sobre esta cuestión? Creo que interesaría mucho aquí, donde se piensa que en Rusia hay solo una estética de Estado, o mejor: solo se conocen las polémicas del «realismo socialista» contra otras corrientes, que por lo tanto se supone que existen pero nadie sabe nada de ellas.

A través de la Asociación Cultural Italo-Rusa estamos en relación con la Unión de Escritores Soviéticos, que ha pedido todas las últimas cosas italianas.

Escríbeme para todo lo que te parezca que pueda serte útil.

Te saludo con gran afecto. Tuyo.

A ELIO VITTORINI - MILÁN

12 de diciembre de 1947

Querido Vittorini:

Te mando una nota mía sobre Hemingway donde creo que se dice algo que no se había dicho hasta ahora. Cosas que habría que tratar con menos superficialidad, lo sé; hace mucho que quisiera escribir un largo ensayo que partiría del punto central de estas notas, donde se habla de Hemingway, Malraux y Koestler: pero sería más vasto, abarcaría también a Sartre, y quizá también a ti, remontaría más atrás, desde el momento en que empieza a plantearse el problema de la responsabilidad del hombre frente a la Historia, problema que es hoy realmente el nuestro. Y aclarar por este camino los términos «crisis», «decadencia» y «revolución» y llegar a enunciar una moral del compromiso, una libertad en la responsabilidad que me parecen la única moral, la única libertad posibles.

Pero son cosas que tengo que seguir masticando quién sabe cuánto tiempo más. Así como todavía necesito masticar mucho lo que quisiera decir si interviniese en tu Gran Polémica: definir bien todos estos términos: «decadencia», «vanguardia». Pero creo también que terminaría por estar más cerca de Balbo que de ti. Todos tenemos un móvil común, pero no nos rompamos los brazos y las piernas al saltar, consigamos piernas y brazos nuevos. El problema es hacer que nos crezcan otros nuevos, tal vez renunciando a los viejos, transformándolos. Pero tú quizá creas que puedes saltar con los viejos.

Has de tener varios cuentos míos. Trata de decirme lo que piensas aunque los hayas arrojado a la papelera.
Te saludo con afecto.

1950

A ELIO VITTORINI - MILÁN

2 de febrero de 1950

Querido Elio:

He leído a Pirelli. El primer cuento está bien y, sin más, a partir de él se puede decir que Pirelli tiene las cualidades para llegar a ser un escritor. A pesar de la inseguridad e inmadurez de lenguaje (que el autor puede remediar con un trabajo atento y sin prisas), a pesar de ciertos asomos marginales de trivialidad, es un cuento con una solidísima estructura fantástica. Me hubiera gustado encontrar por lo menos otro de su nivel, pero me parece que no lo hay. El tono kafkiano que en el primero no se percibía, en los otros es demasiado evidente. Además, por principio, los cuentos-sueño me parecen desechables. El único que podría salvarse es «Due tempi», pero a mi juicio no se salva ni ese. Sin embargo, si Pirelli sigue trabajando en la línea del primero, seguramente conseguirá algo que justifique el volumen. Por ahora me parece que lo único que se puede hacer es recomendar «L'altro elemento» a una revista.

Leeré a Sissa. Chao.

A ELIO VITTORINI - MILÁN

18 de febrero de 1950

Querido Vittorini:

Contesto a tu carta sobre Pirelli.

Supongo que habrás recibido el texto y el juicio de Natalia.

Mantengo mi opinión sobre los cuentos (cómo puede parecerse bueno «Assassinio nel palazzo di fronte» es algo que nunca entenderé) pero apruebo plenamente tu argumento sobre los pillos y sobre la narrativa alucinada. Tienes razón para enfadarte con mi condena de entrada de los cuentos-sueño, pero me pareció que hubiera sido muy largo ponerme a especificar: cuentos-sueño que no alcanzan una lógica de imágenes que haga las veces de etc. En cambio no estoy de acuerdo en la cuestión de la indulgencia. Tú reconoces que Pirelli no alcanza plenitud de invención (salvo en un cuento). Ahora bien, en una colección experimental habrá que ser todavía mucho más severo incluso con un realista, en cuanto a la invención poética. En una colección de lectura en general es diferente; un realista puede haber escrito un libro poéticamente débil pero buen documento periodístico, o un libro divertido o conmovedor, etc. En cambio en tu colección, si no es algo realizado notablemente como expresión, no funciona. Y lo mismo un surrealista. Si encuentras un libro surrealista más elaborado, del mismo Pirelli o de otros, aunque sea difícilísimo y soñadísimo,

todos de acuerdo. Pero me gustaría que tuvieras con Pirelli la misma severidad que es justo que tengas con un realista.

Te he dado mi opinión y no sé qué más decirte. ¿Quieres mandar el manuscrito a Pavese? Leí tu carta al consejo editorial que si bien concuerda conmigo en los puntos esenciales, te da carta blanca porque cree que eres tú quien debe decidir.

Te saludo afectuosamente.

A GIOVANNI PIRELLI – MILÁN

6 de abril de 1950

Querido Pirelli:

Einaudi me ha pasado su carta. No sé qué le ha dicho Elio de nuestras opiniones. Es cierto que «L'altro elemento» es uno de los cuentos más bellos que he leído en los últimos años, y eso me basta para considerarlo un escritor, con un lugar preciso y de relieve en el cuadro de la última generación. Los otros cuentos no nos gustaron ni a Natalia Ginzburg ni a mí. Pero un cuento como «L'altro elemento» no se escribe por casualidad. Hemos discutido mucho con Elio, decididos a hacer de todo para que el libro pueda salir, aunque sea con dos cuentos solamente. A Elio le gusta mucho también «Assassinio nel palazzo di fronte», del que yo conservo un recuerdo confuso y no positivo. Después Elio me contó el de la máquina que mocha las manos, que me gustó muchísimo, y pensamos que si usted lo rehacía, el libro ya quedaba listo. Einaudi siguió la cosa con mucho interés y alentándonos a buscar la manera de que el libro apareciera. Le recomendamos a Vittorini que le dijese cuánto esperamos, y lo damos por seguro, algo muy bueno de usted. Vittorini nos había dicho que usted tiene la «fiebre de publicar» y temimos que se desalentara. Pero estábamos convencidos de que el libro, como quiera que fuese, terminaría por salir. Ahora recibimos su carta donde parece usted sobrentender una negativa. No es así. Yo pienso que el libro debe hacerse. Póngase de acuerdo con Elio. Escriba, pero déjese llevar. No se plantee problemas

psicológicos, se lo ruego. Mire: yo, como autor-*editor*, soy poco mayor que usted y ya no me importa nada publicar o no. Quisiera llegar a escribir bien, expresándome hasta el fondo, eso sí. A eso deben apuntar nuestros esfuerzos. Y estoy seguro de leer dentro de poco algo suyo importantísimo.

Le saludo también de parte de Natalia Ginzburg con la mayor cordialidad.

El manuscrito está desde hace rato en manos de Elio.

A ROBERTO BATTAGLIA – ROMA

28 de abril de 1950

Querido Battaglia:

El Congreso de Venecia nos ha dado muchas ganas de continuar los trabajos editoriales sobre la Resistencia. En primer lugar, pensamos que sería indispensable una breve historia de la Resistencia que dé el máximo de información encuadrada en un rico panorama histórico, que sea de lectura fácil para el público más amplio, tanto para los intelectuales como para los trabajadores y para los jóvenes, y que pueda quizás entrar en las escuelas. Tú conoces nuestra «Piccola Biblioteca Scientifico-Letteraria» y habrás visto cómo en los pequeños volúmenes rojos tratamos de dar, sobre todas las cuestiones más importantes, síntesis escritas por estudiosos de prestigio, pequeños clásicos del género, desde el *Cinéma* de Sadoul hasta la *Rivoluzione francese* de Mathiez. La «PBSL» podría dar a los autores italianos la oportunidad de trabajar sobre estos temas, y estamos ya negociando con Sereni para una historia de la agricultura italiana y de los campesinos, con Salvatore F. Romano para la «cuestión meridional», con Trevisani para un Garibaldi, con Spano para la revolución china. Como ves, una historia de la Resistencia sería realmente necesaria.

Y creo que tú serías el más indicado para escribir un libro como este, tanto por tu preparación histórica, como por tu sensibilidad a los aspectos humanos y morales de la Resistencia. Tu ponencia en el Congreso de Venecia,

desarrollada en su parte de crónica y descripción, podría ser el núcleo del libro. ¿Qué te parece? ¿Cómo ves la cosa? Escríbenos.

En Venecia no tuve oportunidad de hablarte de tu Ariosto, que me interesó mucho. En especial todo lo que se refiere a los motivos de la selección de los mitos caballerescos por el Autor, a la racionalidad y al carácter popular de su invención, me ha aclarado varias cosas y suscitado varias ideas sobre la relación «realidad-fantasía», que como comprenderás, me interesa mucho.

A la espera de tu respuesta, te saludo con gran cordialidad.

Calvino

A MARCELLO VENTURI – MILÁN

3 de mayo de 1950

Querido Marcello:

El 3 de enero me mandaste el manuscrito⁹ y te contesto el 3 de mayo. Cuatro meses: estás furioso conmigo y tienes razón, pero el trabajo editorial se desarrolla en un mar de papeles en el que los más viejos van quedando día a día sumergidos bajo los más recientes y apremiantes. Te diré que empecé a leer la novela inmediatamente y vi que no podía aceptarla. Sin embargo para contestarte quería tener tiempo de llegar hasta el final porque me interesaba y porque tú me la habías recomendado. La novela no me gusta porque está la vieja historia del Segá (que ya no me gustaba en su primera redacción), porque hay esos destripaterrones sentenciosos y antipáticos, y sobre todo porque sacas a relucir de vez en cuando «montañas incendiadas por el ocaso», «aire resplandeciente de luz», «espeso templo de los pinos». ¿Quién te ha enseñado a escribir esas cosas?

¿Adónde ha ido a parar la bella lengua seca y limpia de tus cuentos? ¿Cuáles son tus lecturas? El libro tiene muchos méritos, momentos en los que me parece que alcanza cierta intensidad, y además está construido con cierta solidez. ¿Pero qué vale todo eso cuando etc.?

Que no se te contagie la manía de publicar; una vez que hayas publicado, ¿qué habrás conseguido? Te limitarás a ser un pobre desgraciado como yo o tendrás que volver a empezar desde el principio, o dejar ahí mismo de escribir;

espera diez, quince años para publicar, y entre tanto haz lecturas ordenadas, estudia un poco, trata de saber qué quieres hacer. Y no vuelvas a empezar con esta novela que, es inútil que nos vengas con el cuento, ya ni tú mismo la soportas. Dale con todo que te espero siempre y confío en leer pronto algo tuyo muy bueno.

Chao.

Calvino

A ELIO VITTORINI - MILÁN

11 de mayo de 1950

Querido Elio:

Te mando el manuscrito de la novela *Tiro al piccione* de Giose Rimanelli, que nos envió y encomió Muscetta.

La novela, semiautobiográfica, trata de un joven que para huir del tedio de una aldea meridional, se marcha con los alemanes en la retirada del 8 de septiembre, y en el norte termina por enrolarse en las brigadas negras cuyas batallas y matanzas sigue hasta el fin de la guerra, la cárcel y la fuga a su casa. La historia de su «conversión» (si así puede llamarse, porque no se trata de un verdadero fascista sino de uno de los muchos jóvenes que seguían con indiferencia los acontecimientos, y porque no se convence sino del horror y de la inutilidad de tantas matanzas) está presentada casi totalmente con hechos, sin demasiadas divagaciones o comentarios.

Pavese y yo la hemos leído. Rimanelli es muy, muy inmaduro en cuanto a escritura, en cuanto a humanidad, en cuanto a gusto. Pero su libro es una crónica muy viva que te atrapa y alcanza su efecto de horror y de asco como pocos. Es una carnicería tremenda, llena de cosas truculentas y de obscenidad. No sabemos qué hacer.

Si se acepta, va en tu colección. Nos remitimos a tu juicio. Chao.

A GIOSE RIMANELLI – ROMA

17 de mayo de 1950

Querido Rimanelli:

Leí *Tiro al piccione* de un tirón, con un interés que no vacilaría en calificar de «morboso». Porque estoy metido en el sabor y la obsesión de esos veinte meses terribles de tu libro. Tanto que no podría darte un verdadero juicio de valor: es sin duda una de las crónicas más vivas que de aquellos tiempos se hayan escrito, con toda su inmadurez (y que reconozco bien porque es una «inmadurez» por la que también yo he pasado, y probablemente todavía estoy pasando) en el lenguaje y en la toma de contacto con la realidad. Queda esa sensación de carnicería despiadada y obscena y de asco, y este es un resultado obtenido a través de medios narrativos, es un resultado poético. Yo mismo he escrito en este sentido a Vittorini, presentándole el libro. Las opiniones de Vittorini son siempre totalmente imprevisibles y desconcertantes; por eso no puedo decirte nada.

Veo que relacionas tus difíciles condiciones económicas con la publicación del libro. Te aconsejo que te acostumbres a no vincular nunca y de ninguna manera estas dos preocupaciones. Si piensas ganar algo escribiendo, en tristísima situación te pones y te pondrás toda la vida. El problema de ganarse la vida es algo completamente distinto, y te aconsejo que lo enfrentes con un orden de ideas muy diferente, olvidándote completamente de la literatura, etc.

Chao.